MARY ROJAS

Siempre has sido Tú



Obtuviste este libro, gracias a Butaca Digital, plataforma lider en tarer estrenos, en streaming y libros, enterate de las últimas novedades en nuestras redes oficiales, se parte de nuestra comunidad de miles de usuarios de alrededor del mundo

https://linktr.ee/Butaca_Digital

Capítulo 1

Máximo

2019

—Quiero el divorcio, Máximo —me dice con determinación, apartándome cuando intento besarla—. Espero que puedas firmarlo, porque ya no hay vuelta atrás.

Si me hubieran dado a elegir entre un disparo directo al pecho o esta maldita mierda, habría preferido que me mataran. ¿Divorcio? Tiene que ser una broma.

—¿Por qué dices tonterías, Zulema? —murmuro, acercándome otra vez.

Cuando la tengo entre los brazos, me invade la urgencia de nuevo. Seguro está molesta por algo y me lo dirá en cuanto me tenga dentro.

No puedo más. Llevo más de doce horas sin tocarla, y me estoy volviendo loco. Estoy seguro de que ella también lo resiente, y por eso me dice todas estas cosas.

—No estoy diciendo tonterías, Máximo —me responde, poniéndose rígida y apartándose con más fuerza—. Ya no quiero estar contigo.

Cuando se vuelve hacia mí, su mirada me lo revela todo. Es verdad, ella quiere el divorcio.

—No puedes estar hablando en serio, Zulema —le digo con voz temblorosa—. ¿Qué demonios pasó ahora?

—Que este matrimonio no funciona, que…

—No, no puedes decir eso —jadeo, caminando hacia ella para tomarla por los brazos—. ¿Qué es lo que te hace falta? Lo tienes todo, nuestras hijas son perfectas, eres la maldita envidia de toda la gente. ¿Qué más hace falta para que seas feliz?

—Nada. Ya no puedes darme nada para que quiera quedarme —responde con frialdad y la mirada apagada—. Lo siento, Máximo, pero nunca te diste cuenta de lo que tanto necesitaba.

No puedo contestar de inmediato. La angustia y el pánico me ahogan; mi mente es un caos, intentando recordar en qué he fallado. Es casi seguro que en muchas cosas, pero en ese momento no puedo pensar en nada que amerite el divorcio.

No, no me puede pedir el divorcio cuando la amo de esta forma, cuando todo mi cuerpo se sigue incendiando al tenerla cerca.

—¿Qué es lo que quieres, cerebrito? —le pregunto desesperado, sintiendo que mis ojos escuecen—. Solo dímelo y lo tendrás, pero deja de decir que vamos a divorciarnos. No pienso hacerlo, ¿me entiendes?

—Suéltame, Máximo, por favor —dice, removiéndose—. ¿No puedes entender que ya no hay nada que hacer?

—¡¿Por qué?! —le grito a la cara, y ella se estremece—. Dame una maldita explicación, Zulema. Anoche me dejaste tocarte, me serviste la cena con el mismo esmero de siempre, ¿qué fue lo que cambió? Zulema, por Dios, dímelo. Dime qué hice mal.

—Yo no…

—No, no te vas a separar de mí —jadeo, buscando sus labios.

Debe ser un error, una tormentosa pesadilla. Tal vez me está castigando por olvidar la lista del supermercado, por haber dejado la toalla mojada sobre la cama hace dos días o cualquiera de esos imperfectos que se me escapan por llegar siempre a prisa al trabajo.

—Ya no te amo, Máximo —susurra, mirándome a los ojos—. Eso es lo que pasa.

—¡No! —bramo mientras caigo de rodillas al suelo—. Eres una maldita mentirosa, no.

—Es la verdad. Fuiste matando este amor lentamente, y ahora es que puedo decírtelo a la cara —me responde, tratando de librarse de mí—. Ya no puedes hacer nada para salvar nuestro matrimonio.

—Las cosas siempre se pueden arreglar —sollozo, desesperado—. Zulema, por favor, no me mientas así. Dime que no es verdad lo que me dices.

—Máximo, ¿qué es lo que te pasa? —pregunta con voz temblorosa—. No, no…

—Zulema, te lo pido, no lo hagas, no sigas con esto —suplico, sintiendo que el pecho se me desgarra—. Haré lo que quieras, te lo juro. Cambiaré lo que haga falta, pero no…

—Lo siento, pero no quiero eso.

Mi esposa intenta irse de nuevo, pero me aferro a sus piernas, besándoselas con verdadero fervor. Soy consciente de lo mucho que me estoy humillando, pero simplemente no me importa. No puedo permitir que me deje; es la única mujer que amo y que amaré por el resto de mi vida.

—Dime que es una broma, Zulema —susurro—. Dime que no quieres dejarme, que podemos solucionarlo. Estoy dispuesto a hacer lo que sea para que no lo vuelvas a decir. Te amo, aunque no lo diga nunca. Te amo con todo mi ser. ¿No lo sientes?

—Ese es el problema, que lo dices demasiado tarde —solloza—. Ya no tiene sentido que me lo confieses.

Cuando Zulema logra salir del despacho, me quedo petrificado, pensando en mil regalos que puedo hacerle, en las cartas que puedo escribirle y en todas esas cursilerías que las mujeres desean. Sin embargo, nada me parece suficiente.

Lo único que me queda es no separarme de ella, cocinarle, atenderla, contratar a alguien más para que maneje la empresa.

Mi pequeña pelirroja puede ayudarme.

—Lo siento, papá, pero yo la apoyo —me dice con frialdad, lo que me impacta como una bofetada.

¿Cómo puede mi hija favorita, la luz de mis ojos, hacerme esto a mí? ¿Qué le he hecho yo?

—Hija, te lo ruego —suplico, tomando su rostro entre mis manos—. Sé que no debo meterte en esto, pero ayúdame. Ella no se puede ir, no puede dejarnos. Prometo que haré lo que sea, pero…

https://linktr.ee/Butaca_Digital

—No, papá. Ella se quiere ir y no puedes detenerla —responde, empujándome con suavidad para que me aparte—. Yo la apoyo, quiero que sea feliz.

—Cassia, por favor —imploro una vez más—. Habla con ella, por favor…

—No, no lo haré —suspira—. Lo siento, papá, pero ella ya lo decidió. Es muy doloroso saber que no es feliz a tu lado, pero es que lo provocaste. Tú tienes la culpa.

—No, yo no, yo no…

Pero mi hija sube las escaleras, dejándome solo con mi dolor, sin poder hacer nada para detener esta pesadilla.

—Papi —me llama Liliana, saliendo desde el comedor—. ¿Qué está pasando?

—Tu madre quiere dejarme. No puede hacerlo, no puede…

—Trataré de ayudarte, pero cálmate, por favor —me dice, acercándose.

Su abrazo no me consuela, pero me aferro a Liliana porque es lo único que me queda ahora.

—No me dejes. No me dejes tú.

—Nunca, papá, nunca te dejaré —solloza—. Me tienes a mí, solo a mí.

¿Cómo decirle que eso no es suficiente para mí? ¿Cómo explicarle que sin Zulema no puedo vivir? Y si se lleva a Cassia será aún peor, será como si nuestro amor nunca hubiera existido.

—No dejaré que se vayan. Absolutamente no —digo, soltándola—. Nosotros somos una familia, y así es como nos vamos a quedar.

Por desgracia, ninguno de mis ruegos funcionó, y el culpable fue otro maldito hombre.

Un maldito hombre al que le abrí las puertas de mi casa.

***

https://linktr.ee/Butaca_Digital

Capítulo 2

Máximo

2021

—Y yo ya no estoy para seguir aguantando tus humillaciones —me interrumpe con una frialdad que me deja claro que estoy más que jodido—. No solo perdiste a tu mujer, también perdiste a tu hija. Desde este momento, para mí estás muerto.

El dolor que me causa es tan fuerte que me da la impresión de estar dentro de un túnel, donde sus palabras rebotan contra las paredes y regresan a mí con una fuerza inhumana.

Estoy muerto para mi pequeña pelirroja. El rencor que le he guardado todo este tiempo me ha hecho perderlo todo.

—No, eso no…

—Es cierto —me interrumpe.

No hace falta que me diga nada más. Su mirada y la de su madre me lanzan al infierno de nuevo, aunque esta vez de manera merecida. Lo único que he hecho todo este tiempo para sobrevivir es esconderme detrás del rencor, detrás de Liliana.

Mi pobre hija ha sido mi escudo para no desmoronarme ante estas dos mujeres, que son mi debilidad.

Le lanzo una última mirada a Zulema antes de marcharme en silencio, con el mundo hecho trizas otra vez.

Mientras bajo en el ascensor, pienso en regresar y tomarlas. No quiero que mi hija sea modelo, pero mucho menos que Zulema llegue a interesarse por eso.

He podido soportar estar lejos de ella sabiéndola en una vida discreta, pero ¿a la vista de todos ellos? ¿De verdad podría dejar que la vean?

Aun así, la cobardía prima en mí, y no regreso. Les he hecho tanto daño a las dos que no soy capaz de destrozarlas más. Mi hija siempre será mi pequeña pelirroja, y Zulema, mi cerebrito, pero he perdido todo derecho al perdón.

Al entrar en el auto, las lágrimas salen solas. Es insoportable el sentimiento de desolación que me embarga. ¿Por qué mi hija me odia tanto? ¿Por qué no creyó jamás en mí?

—Zulema, yo no puedo estar muerto para ti —suspiro—. No, para ti no.

Le pego al volante una y otra vez, maldiciendo la hora en que nací y mi destino se encaminó a atarse al de ella. La amo desde que la vi. He sido solo suyo desde antes de conocernos.

¿Cómo pudimos terminar de esta forma? ¿Cómo puede el fruto de ese amor rechazarme así?

Cierro los ojos, intentando calmarme y pensar que mi hija solo está enfadada, que en realidad aún me quiere. Zulema también me sigue amando; me lo demostró cuando nos besamos en el hospital.

Ya perdí la cuenta de las veces en que me he tocado, pensando solo en el sabor de sus labios, en imaginar mis brazos alrededor de su cintura y en su respiración entrecortada.

Ese malnacido no la toca, o no como debería. No la hace arder de deseo con solo un beso.

—Zulema, Zulema —jadeo, sintiendo que me falta el aire.

Si antes estaba mal, ahora me siento peor. Ese beso no se borra de mi cuerpo, mucho menos las dudas que me dejó. Y Cassia… mi hija no debe saber nada de sus razones, y por eso me odia.

—No puedo más —suspiro, frotándome el rostro.

No me doy cuenta de mi llanto hasta que veo las palmas de mis manos empapadas de lágrimas. Mi alma entera está rota y tal vez la muerte sea un buen descanso para tanto sufrimiento.

Pero no. No puedo hacerles más daño.

Enciendo el auto y conduzco sin rumbo durante un largo rato, deteniéndome frente a la dulcería a la que muchas veces llevé a mis hijas en su infancia.

Todavía tengo bien grabados los ojos de Cassia, iluminándose por aquellos chocolates que sé que aún existen y que le compro en cada cumpleaños sin que se entere, porque no me atrevo a entregárselos.

No espero que me perdone por esto, pero de todos modos camino hacia el área donde los tienen y pido la caja más hermosa con una tarjeta. La mano me tiembla mientras intento escribir lo arrepentido que estoy por lo que fui a decirle, que solo fue producto de la desesperación en la que ella y su madre me tienen hundido desde que se fueron de casa.

—¿Se encuentra bien, señor? —me pregunta el cajero que me atiende—. Se ve…

—Dame tiempo —murmuro sin mirarlo—. Necesito escribir esto. Lo necesito de verdad.

Mi letra es torpe y temblorosa, igual que en todas las cartas que escribí para Zulema y que nunca le entregué por ridículas.

Pero esta vez sí tengo que enviar la nota. Necesito disculparme con mi hija y recuperar la única parte que me queda de mi cerebrito.

Cierro el sobre con cuidado, sintiendo que me he arrancado una parte del corazón para dejarla ahí. Aunque he expresado muchas cosas, no es ni la milésima parte de lo que ella significa para mí.

Salgo de la tienda con paso desganado, luchando contra ese instinto de protección que siempre me envuelve cuando me encuentro con mi par de pelirrojas. Estoy muerto en vida, pero una parte de mí se aferra a la esperanza de obtener el perdón, por mínimo que sea.

Si tengo que dedicar mi vida a que mi hija me perdone y a que Zulema me diga la verdad, lo haré.

https://linktr.ee/Butaca_Digital

Capítulo 3

Zulema

2000

—Espera, espera, ¿qué? ¿Por qué, mamá? —pregunto perpleja.

Solo a mamá se le puede ocurrir limpiar una biblioteca polvorienta, teniendo los pulmones como los tiene. Si ella no se muere antes, lo haré yo con cada susto que me hace pasar.

—Porque así completo para comprar los útiles que te piden en la universidad, cariño —explica—. La beca no los cubre.

—Pero te sientes mal, mami, no puedes ir así.

—No es nada, corazón —me asegura, con esa dulce sonrisa que yo ya no me creo.

—No, yo iré —suspiro—. Aunque no trague a los Cervantes, prefiero hacerlo yo antes de que a ti te pase algo.

—Pero yo quedé con que…

—No, mamá, te dije que no —la interrumpo—. Yo voy a limpiar la biblioteca y se acabó.

—Ay, hija —gruñe—. No te entiendo, de verdad. ¿No dices que no te gusta cómo te mira y que siempre terminan peleados? Algún día de estos, el joven Máximo te va a acusar con sus padres y…

—Pues que lo haga —sonrío con descaro—. Solo él sabrá si quiere quedarse sin quien molestar.

—Pero…

—No insistas, mamá, que yo lo haré. Además, él ni siquiera va a estar en casa.

Pero, por desgracia, me equivoco. Tatiana, la ama de llaves, me informa que, si bien los señores Cervantes salieron de viaje, su hijo se quedó en casa.

—Está en su estudio y dijo que estaría ocupado, así que si limpias en silencio, no debería darse cuenta de que no es tu madre la que está aquí.

—Ay, Dios mío, lo que me faltaba —mascullo—. Espero que no salga.

—Parece que le tienes miedo —se burla.

«Me tengo miedo a mí misma», pienso, agobiada.

Por más que lo detesto por cómo me suele molestar, por ser, según él, un «cerebrito», lo cierto es que es el hombre más hermoso que he visto y mi cuerpo reacciona a su cercanía.

Máximo Cervantes también es la persona más extraña. Con sus acciones siempre demuestra que me detesta, pero al mismo tiempo siempre me mira de más, y el otro día me arrebató la jarra de agua que le iba a dar al jardinero y se la tomó toda.

Verlo beber así me ruborizó hasta los pies, pero desde ese día lo odio más. ¿Por qué no me puede dejar en paz y seguir con su tranquila vida de millonario?

—No, no le tengo miedo. Me cae muy mal, eso es lo que me pasa —le respondo mientras recojo todas las cosas que voy a necesitar.

Al pasar por el despacho, me detengo un momento para escuchar si realmente Máximo está allí. Por suerte, escucho que está tecleando en la computadora, aunque no estoy demasiado segura de que realmente esté haciendo tareas.

—Espero que la comida de hoy te caiga mal y no me molestes, idiota —farfullo antes de irme.

Aunque la casa es hermosa y enorme, la biblioteca es la zona que más me gusta. Tienen una amplia variedad de títulos, y muchas veces me he sentido tentada a tomarlos prestados sin que se enteren.

Leer es mi pasatiempo favorito. Mi vida no es en lo absoluto interesante en comparación con esos libros que me hacen soñar despierta, sobre todo los de romance. Soy muy selectiva con el amor, pues creo que uno debe tener relaciones basadas en la confianza y el respeto, pero es muy rara la vez que encuentro un libro que de verdad me haga suspirar.

—Oh, por Dios —susurro al ver un libro bastante cuestionable.

Las chicas en la escuela hablan de él como si fuera un clásico literario, lo que me hace pensar que tienen el cerebro tan atrofiado como Máximo. El sexo debe ser algo romántico, hecho desde el deseo y el amor, no solo calentura.

Aun así, el morbo y la curiosidad me obligan a regresar al libro cuando ya limpié las estanterías principales.

—Bueno, no me va a matar una ojeada. Quiero saber por qué les gusta.

Durante las primeras páginas me echo a reír por las estupideces que dice el libro, pero, a medida que voy leyendo, mi entrepierna comienza a sentir algo extraño y no puedo dejar de leer.

—Uy, sí que tienen ganas —suelto una risita.

Me quito los zapatos y me siento en el suelo, sin preocuparme demasiado de que se me vea algo. Después de todo, estoy oculta entre los libreros.

—Nunca pensé que te encontraría así, cerebrito.

Me sobresalto y cierro el libro de golpe. Recargado contra una de las estanterías, se encuentra el peor de mis tormentos, sin camisa. Sus ojos azules me observan con una intensidad aterradora, como si estuviera a punto de infligirme las peores torturas.

Por desgracia, son torturas con las que he fantaseado de vez en cuando.

—Yo ya estaba terminando, joven —digo, levantándome a toda prisa, pero por desgracia la falda de mi vestido se engancha a uno de los estantes y él puede alcanzar a ver algo de mi pierna.

Sus ojos se oscurecen mientras camina lentamente hacia mí. No es la primera vez que hace amagos de seducirme y luego reírse a carcajada limpia, así que me quedo quieta, sin ganas de volver a sentirme humillada.

—Ya me iba —digo con toda la entereza que logro reunir, desenganchando mi falda.

Pero él no me deja ir. Me sujeta el mentón, y ambos nos estremecemos sin saber por qué.

—¿Desde cuándo soy joven y no idiota? —pregunta, burlón—. ¿Al fin decidiste usar tu cerebro para aprender modales?

—Sí, decidí ser más educada, aunque no se lo merezca —respondo, mirándolo directamente a los ojos, solo para incomodarlo—. Solo puedo llamar por su nombre a chicos que me agraden, que me traten bien y…

—¿Sí? ¿A cuáles? —se burla, pero en su mirada resplandece la furia—. Tú no eres capaz de cruzar dos palabras con nadie en la escuela.

—¿Cómo sabe eso? —pregunto, consternada—. Usted va a la universidad, yo…

—Que no esté ahí todo el tiempo no quiere decir que no lo sepa. Sé todo lo que pasa con la persona a la que me encanta fastidiar.

—¿Por qué? ¿Por qué me odia tanto? —le recrimino—. No le he hecho nada.

—Me lo has hecho todo, cerebrito. ¿No lo notas? —susurra, tembloroso.

—Conocí a alguien hoy —le suelto, mirando sus labios—. Vive cerca de mi casa y me cae bien. Es amable, atento; no es como usted, que se la pasa atormentándome.

—No puedes, Zulema —gruñe, acorralándome contra el enorme librero—. No puedes conocer a otro.

Cuando sus labios se estampan contra los míos, el libro se me cae de las manos, golpeando nuestros pies. Ninguno de los dos hace caso a aquel dolor punzante y seguimos besándonos como si el mundo fuera a terminarse pronto.

Debería ser como otras mujeres y frenar esto a como dé lugar, pero su mirada y sus caricias me doblegan, me hacen olvidar cada enfado, cada mal momento que hemos pasado desde que nos conocimos.

Quiero beber su dulce aliento hasta no poder más, hasta que mi cuerpo quede invadido de él.

Él tampoco se detiene y tiembla junto a mí cuando nuestros cuerpos parecen fundirse en uno solo. Estamos en medio de un pasillo de su biblioteca, ahogando nuestros gemidos de dolor y placer.

—Zulema, eres mía —me susurra al oído, embistiendo lentamente.

—Máximo —jadeo, cerrando los ojos.

—Mírame, Zulema —me ordena con tono autoritario—. Mírame.

Me toma al menos tres intentos poder contemplar su perfecto rostro. El placer es tan intenso que mis músculos parecen no responderme.

¿Cómo puede ser que esté entregando mi virginidad así, a un chico que solo ha jugado conmigo?

—Buena chica —sonríe, y luego se muerde el labio inferior—. Quiero mirarte a los ojos cada vez que te coja.

Por alguna extraña razón, esas palabras me llevan a la cúspide del placer. Aunque Máximo me pide que me calle, no puedo evitar gritar y él también termina por hacerlo.

No sé en qué momento he vuelto a cerrar los ojos, pensando que esto es solo un sueño, pero me asusto al ver que él sigue sobre mí. No sonríe, aunque tampoco parece tener intenciones de querer insultarme.

—Creo que debo irme —susurro—. Mañana volveré para terminar…

—No vas a hablar con él. ¿Me entendiste? —exige, furioso—. Ten cuidado con lo que haces o te vas a arrepentir.

—¿Usted está loco? No puede prohibirme nada.

Sus labios succionan uno de mis sensibles pezones, esos que ha probado una y otra vez mientras lo hacíamos.

—Me perteneces ahora, cerebrito —dice con arrogancia—. Ya no puedes hacer nada sin que yo te lo permita.

—No, no le pertenezco —digo, apartándolo—. Esto no cambia las cosas, no. Y no va a volver a pasar.

Pero claro que vuelve a pasar. Cada vez que vuelvo a su casa, me hace suya en los lugares menos pensados. No somos novios, no parece haber un futuro claro entre nosotros, pero cuando me entrego a él, todo eso se me olvida.

Los dos estamos esclavizados al cuerpo del otro.

https://linktr.ee/Butaca_Digital

Capítulo 4

Zulema

2021

—Van demasiado rápido —suspiro, al ver que mi hija se va en el auto con Lauro—. Pero no puedo juzgarla; yo también fui así en su tiempo.

—¿De verdad Máximo también está muerto para ti? —me cuestiona Lourdes con seriedad—. Digo, es que…

—No, Lu —niego con la cabeza—. Lo que menos quiero es que esté muerto. Por eso no estoy a su lado.

—Espera, ¿qué?

—Hay alguien que quiere acabar con él, y tuve que alejarme —suspiro con tristeza—. He esperado años para saber qué es lo que pretende, pero solo estoy atrapada en un matrimonio falso que…

—¿Matrimonio falso? Zulema, tenemos que hablar muy seriamente, y no acepto un no por respuesta, ¿me entiendes?

—No, yo…

—¿Qué está pasando? ¿Por qué te alejaste de Máximo si se nota que los dos se aman? Y no, no hablo de un amor cualquiera; se aman con locura.

Me froto los brazos, tratando de controlar mi piel erizada. Escuchar esas cosas me hace desear correr otra vez a sus brazos, repetir ese beso en el que no dejo de pensar y que me nubló tanto la mente que estuve a punto de arruinarlo todo.

—El amor no siempre basta —murmuro con amargura y la vista perdida en el horizonte—. A veces es más importante…

—No, Zulema, perdóname que te contradiga, pero el amor es lo más importante —me interrumpe—. Los dos sufren sin poder estar juntos y me parece que lo haces…

—Porque quiero protegerlo, porque no podría vivir si él se muere, ¿entiendes?

—Puedo ayudarte, Zule, solo…

—No, no voy a meterte en problemas a ti —respondo tajante—. Lourdes, de verdad te quiero mucho y agradezco infinitamente todo lo que has hecho por mi hija y por mí. Lo último que quiero es…

—Somos familia, Zul —suspira, tomándome de las manos—. Nuestros hijos están casados y, si Dios quiere, lo estarán toda la vida. Aunque todavía creo que es algo precipitado lo de la adopción, me hace ilusión.

—Admito que a mí también —sonrío—. Esa muchachita me recordó a mis viejos tiempos.

—Sí, recuerdo que tú eras bastante menos recatada y le respondías a todo el mundo.

—¿Cómo? —frunzo el ceño—. Pero si…

—Te vi en algunas fiestas —se encoge de hombros—. Bueno, linda, vamos a casa, ¿sí?

—Sí, creo que sí —suspiro.

Durante el camino, Lourdes se enfrasca en una conversación con Cristóbal, una demasiado cariñosa como para desear escucharla. No solo me hace sentir extraña, sino también envidia.

Me siento la peor madre por desear saber cómo está Máximo después de lo que Cassia le dijo. Sé que no debe estar bien, que esto debió matarlo en vida porque la ama más que a su propia vida desde que supo que venía en camino.

Con disimulo, acaricio mi vientre, deseando poder regresar el tiempo a ese instante en que hicimos esa prueba de embarazo. Al contrario de lo que pensé, él me besó y me alzó en sus brazos. No estaba nada asustado, a pesar de que sus padres lo desheredaron por unos días, en los cuales demostró que haría todo por nosotras.

Por eso y por mucho más lo amo y nunca dejaré de hacerlo. Tener que mentir y dejarlo como lo peor para salvarlo es lo más terriblemente doloroso que he tenido que hacer en mi vida.

Cuando llegamos a casa de los Sepúlveda, siento que me duelen los pies, así que me disculpo con Lourdes y subo a toda prisa para cambiarme los zapatos.

Al verme los pies, me vuelve a invadir la melancolía. No están maltratados, pero ya no lucen tan hermosos como cuando Máximo me los arreglaba. Incluso aprendió a pintarme las uñas, para que nadie pudiera tocarme.

—Cómo quisiera mandar todo a la mierda, pero malditos Beltrán —mascullo, furiosa.

La imagen de Máximo besándome los pies y las piernas se vuelve a apoderar de mi mente. El calor que me recorre el cuerpo es tan insoportable que empiezo a prepararme para darme una ducha muy fría.

De ninguna manera pienso romper ese juramento que le hice sobre no tocarme a mí misma. Solo él puede hacerlo y, aunque Íker me insista por los siglos de los siglos, nunca podrá tener mi cuerpo como lo tuvo Máximo.

Nadie puede tocarme, solo mi odioso hombre.

Antes de que pueda desvestirme, suena mi celular. Es Íker y, aunque juro que lo quiero mucho, en este momento lo último que necesito es hablar con él.

En realidad, no quiero hablar con nadie. Ha sido un día demasiado complicado como para tener que lidiar con él y con sus deseos de que regrese a casa.

Aun así, contesto. Íker nunca me molestaría si no es por una buena razón o cuando definitivamente no encuentra algo.

—¿Hola? —saludo con tono cariñoso, pero cansado—. ¿Cómo…?

—Creo que tienes que venir, cariño —suspira Íker—. Tu hija está aquí.

—¿Cassia? ¿Qué hace…?

—No, Liliana —me aclara con tono grave.

Mi corazón da un vuelco.

—¿Mi hija Liliana está ahí? ¿Pero cómo? Ella no sabía la dirección.

—Logró averiguarla, tal vez Cassia se la dijo —suspira—. Cariño, no lo sé, pero está destrozada. ¿No podrías venir?

—Voy ahora mismo para allá, sí —susurro, vistiéndome de nuevo con prisa—. No la dejes ir, por favor, no quiero que le pase nada.

No te preocupes, le hice un té y ya me prometió no hacer ninguna tontería, pero te necesita.

—De acuerdo —murmuro—. Voy para allá de inmediato.

Al salir de la habitación, me topo de frente con Lourdes, que trae un plato con el pan que tanto me gusta.

—Mira, Cristóbal pasó por la panadería y compró panes para las dos. Es el que tanto te gusta.

—Te lo agradezco, Lu, pero debo ir a casa con Íker… Liliana está mal.

—¿Liliana está en tu casa? —pregunta, extrañada—. Pero si…

—Seguro tuvo algún problema con Máximo después de lo que pasó con Cassia.

—Oh, ya veo —murmura—. Supongo que a Máximo le afecta…

—No, no le afecta. Lo mató —la corrijo—. Cassia es la luz de sus ojos y estoy segura de que él podría cometer cualquier locura ahora mismo.

—¿Quieres que vaya contigo? De ninguna manera puedo dejar que vayas sola.

—¿Harías eso por mí?

—Claro, claro, vamos —asiente.

—¿A dónde van? —pregunta Cristóbal cuando bajamos las escaleras—. ¿No se van a comer el pan? Zule, es el que te gusta.

—Lo comeré cuando llegue a casa —le aseguro con una sonrisa avergonzada—. Necesito ir a ver a mi hija.

—¿Le pasó algo a Cassia? —inquiere, preocupado.

—No, es Liliana —le aclaro—. Llegó muy afectada a la casa de Íker.

—¿A la casa de Íker? —Cristóbal arquea una ceja.

—A mi casa —me corrijo—. Perdón, es que me he quedado tanto tiempo aquí que veo mi casa como un lugar ajeno. No era mi intención…

—No, no te disculpes, Zul, esta es tu casa —me dice Lourdes, y Cristóbal asiente, mirándome con afecto.

—Sí, esta es casa tuya y de mi nuera también —secunda—. De verdad le han hecho mucho bien a mi Lu; ya casi no me regaña.

—Ya volveré a las andadas —refunfuña mi consuegra, para luego reírse—. Al rato volvemos, amor.

—¿No quieren que vaya con ustedes? Es que…

—No, no, ahora volvemos —le contesta Lourdes—. Liliana tal vez se sienta invadida si nos ve llegar a todos.

—De acuerdo, pero ve con cuidado, mi amor.

—Claro que sí.

Los besos que se dan me obligan a girar la cabeza hacia otro lado. Incluso estando tan angustiada como estoy, no dejo de pensar en Máximo y lo que era lo nuestro antes del divorcio.

El camino hacia la casa de Íker es silencioso, pero no dejo de mover las piernas, presa de los nervios. Mi Liliana siempre ha sido una muchacha fuerte, así que sé que algo muy malo le pasa si fue ella quien me vino a buscar.

—Hola, amor, al fin llegas —me saluda Íker, acercándose a mí—. ¿Cómo…?

—¿Dónde está mi hija? —le pregunto, angustiada—. Quiero verla.

—Sí, vamos, cariño —murmura, mirando a Lourdes—. Buenas noches, señora Sepúlveda.

—Lourdes —lo corrige ella—. Me quedaré aquí, no se preocupen. Zulema tiene que hablar con Liliana.

—Pasa a la sala, llevaré a mi hija a la habitación —le digo antes de correr adentro de la casa.

Mi pobre niña está en la sala, sentada, con una taza de té a medio tomar. Al verme, se levanta del sofá y me abraza.

—Mami —solloza.

—¿Qué te ocurre, mi cielo? —susurro, acariciando su espalda—. ¿Por qué estás así?

—Papá me echó de casa —me confiesa entre sollozos.

—¡¿Cómo?! —exclamo, alterada—. Hija…

—No sé qué fue lo que pasó, pero dijo tantas cosas horribles y me corrió. Lo único en lo que pude pensar fue en venir aquí. Pensé que no te quedabas todo el tiempo con Cassia.

—Lo siento, amor —me disculpo, abrazándola con más fuerza—. Pero tenías mi número.

—No lo recordaba —gimotea—. Solo… solo quería venir aquí y…

—Tranquila, mi amor —susurro, sentándome con ella en el sofá—. Todo va a estar bien, corazón. Mamá está aquí y nunca te dejará.

—¿De verdad? ¿No te irás corriendo a ver a mi hermana?

—No —susurro, aunque esa pregunta me incomode—. Sabes que estoy aquí contigo, hija. ¿Cómo pasó todo? Cuéntamelo, por favor. Voy a hablar con tu padre, y me va a escuchar.

—No, por favor —me suplica, asustada—. No quiero que te haga nada. Estaba furioso.

—Eso no me importa ahora, cielo —replico—. Lo único que me importa es que tú y tu hermana estén bien.

—Él lo negará todo, mamá. Siempre ha sido así.

—No, hija, él no me negará nada —afirmo, convencida—. Sé leerle bien la cara.

—Llevas mucho tiempo separada de él. No creo que lo conozcas bien —replica—. Él…

De pronto se escuchan ruidos fuertes afuera, que parecen de discusión. Liliana y yo nos quedamos quietas y esperamos a que se calmen las cosas, pero eso no sucede.

La puerta se abre y entra Máximo, con los ojos inyectados en sangre y una expresión de agonía que me revuelve el estómago.

—¿Tú también, Liliana? ¿Tú también vas a abandonarme?

https://linktr.ee/Butaca_Digital

Capítulo 5

Máximo

2000

Al escuchar esos ligeros sonidos, dejo de escribir y vuelvo la vista hacia la puerta. Por fin llegó lo que espero con ansia casi todos los días.

No tengo idea de lo que sientan mis compañeros al tener sexo con tantas chicas, pero yo sí sé que no necesito a nadie más que a mi pelirroja.

Finalmente, ella asoma la cabeza y entra sonrojada a mi habitación. No hace falta decirnos nada para saber lo que va a ocurrir entre nosotros.

—¿Por qué tardaste tanto? —le recrimino mientras la acorralo contra la puerta para examinarla—. Vienes con cinco minutos de retraso.

—Estaba… recibiendo indicaciones de tu mamá —susurra, nerviosa ante mi olfateo—. Nos van a descubrir, creo que hoy no…

—Hoy sí —gruño, dándole una mordida lenta en el cuello—. Quieres y necesitas esto tanto como yo.

—Eres odioso —masculla, pero tampoco deja de intentar desvestirme.

—Y tú una cerebrito fastidiosa.

Cualquier discusión se nos olvida en cuanto nos besamos. Las palabras hirientes terminan convirtiéndose en caricias agresivas y ansiosas, pues todavía no podemos darnos el lujo de gritar como quisiéramos.

Una vez que la recuesto sobre la cama, completamente desnuda, me tomo unos instantes para contemplar su cuerpo, cada curva de su pequeña cintura y esos pechos que aún llevan mis dientes marcados.

Pero, sobre todo, detengo la vista en su vientre. Sé lo irresponsable que es hacer esto a nuestra edad, pero es la única forma que tengo de retenerla, para que mis padres no la separen de mí y para que sea mi esposa.

No puedo pensar en otra cosa desde que se apareció ante mi vista por primera vez.

—¿Me vas a mirar con esa cara de tonto todo el día o vas a hacer algo? —me suelta, abriendo más las piernas—. Puedo irme si no quieres…

—Deja de asumir cosas, cerebrito —gruño mientras me coloco encima de ella—. Siempre quiero más de ti.

—Y yo de ti, Máximo —responde, con esa seriedad que me desarma.

«Te amo tanto, Zulema», pienso, antes de morder su labio inferior como a ella tanto le gusta.

Mi Zulema me clava las uñas en la espalda y se remueve para que me hunda en ella, pero no hago caso y bajo para beberla y asegurarme de que nadie más se haya acercado. Algunas veces he descubierto que se toca, pero se lo prohibí rotundamente.

Ni ella misma puede hacerlo cuando es tan mía.

—Máximo, siento que te quiero —admite mientras se deshace de placer en mi boca.

«Tú lo eres todo para mí», pienso, extasiado.

—Me alegra que sientas eso —respondo con tono burlón.

—Idiota, idiota…

—Eres mía, cerebrito —jadeo, acercándome a ella—. Móntame, por favor.

Sin dudarlo un instante, Zulema se coloca sobre mí y desciende las caderas para que pueda penetrarla. Solo llevamos unas pocas semanas haciendo esto, pero ya se volvió experta en darme todo lo que quiero.

Está aprendiendo a la par que yo y me fascina saber que no somos un desastre. Ninguno de los dos duda en sus caricias ni en pedir lo que quiere o besar y morder sin pudor alguno.

—Quiero que seas mío —gimotea, aferrándose a mí—. Quiero que…

—Lo soy —afirmo, clavando las uñas en sus suaves muslos—. ¿No notas cómo me tienes?

—Sí, sí lo noto —gimotea.

Observo su piel erizada y la forma agitada en la que respira. Ella reacciona a mis caricias como sé que nadie más podría hacerlo. Tampoco quiero descubrir el sabor y la suavidad de otras pieles cuando con ella lo tengo todo.

El sexo no fue algo que persiguiera antes de ella.

Me incorporo de golpe, hambriento de su piel y de su aroma. Mi Zulema se estremece y me besa la frente con vehemencia, como si estuviera tan locamente enamorada de mí como yo de ella.

—Mi cerebrito, tiemblas tanto —jadeo, cada vez más enardecido y con su pezón entre mis labios.

—Me encanta lo que me haces —lloriquea.

Segundos después, sus temblores aumentan al mismo tiempo que sus gemidos. Cierro los ojos con fuerza, tratando de resistir hasta que acabe, pero termino corriéndome al mismo tiempo que ella.

Aun así, no logro soltarla durante un buen rato. Cada vez que la tengo, mis labios y mis manos no pueden parar. La siento tan mía que no quiero separarme de ella jamás.

—Creo que tengo que regresar al trabajo —susurra—. Tus padres pueden llegar en cualquier momento.

—Está bien —suspiro, apartándome un poco—. Después de todo, tengo que estudiar.

—Y dices que la cerebrito soy yo. ¿Quién estudia en vacaciones?

—Tú —sonrío—. Pero no es eso lo que estoy estudiando, sino algunos libros contables que me dio mi padre. Creo que en unos años me dejará a cargo.

Zulema hace una leve mueca y asiente. La conozco tanto que sé lo que pasa por su mente y me emociona, hasta cierto punto. Por otro lado, pienso que es una tonta por no darse cuenta de que no quiero a nadie más como esposa.

—¿Qué pasa, cerebrito? ¿No entiendes esas cosas?

—Soy una tonta, Máximo —suspira—. Soy una tonta por estar así contigo y no ver a futuro. Ya sé que esto se va a terminar cuando tengas que comprometerte con alguien, así que solo te pido que me lo digas con tiempo, que no me humilles.

—Zulema…

—Por favor —suplica, agobiada—. Te di mi primera vez, me estoy arriesgando a decepcionar a mamá por estar aquí, así que creo que me merezco un poco de consideración de tu parte.

—Estás…

—Me cambiaré.

Mientras la observo vestirse, la rabia me invade. ¿Cómo es que no puede notar que esta relación es algo más que sexo? ¿Acaso estará interesada en alguna de las personas con las que habló hoy? Agradezco a la vida que esté de vacaciones de la escuela, pero no que tenga tantos vecinos en ese vecindario asqueroso donde vive.

Tengo que redoblar mis esfuerzos para convencer a mi padre de que les permita quedarse aquí. Algo se me tiene que ocurrir.

—Carajo —se queja Zulema de pronto, tocándose la frente.

Antes de que caiga al suelo, me apresuro a tomarla en mis brazos. Su rostro, siempre pálido, se pone prácticamente del color de la nieve.

—¡Zulema! —grito, angustiado, al ver que no reacciona—. Hey, cerebrito, ¿qué te pasa?

—No… sé —jadea—. Me siento muy mareada, Máximo.

—Maldita sea, maldita sea —mascullo mientras la recuesto en la cama—. Tranquila, se te pasará. No te muevas.

—No, tengo que…

—Te dije que no te muevas, Zulema —le exijo, enojado—. De ninguna manera vas a moverte.

—Máximo, no te puedo mentir —dice con lágrimas en los ojos—. No es la primera vez que me siento mareada. De hecho, creo que ya es el tercer día que vomito por las mañanas.

Dejo escapar un jadeo. El aire se me ha ido de golpe al pensar que tal vez me diga lo que tanto quiero escuchar. Aun así, todo esto es demasiado fuerte.

¿De verdad lo logré tan rápido?

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —le reclamo, bajando el tono de voz—. Zulema, ¿qué te ocurre?

—Porque aunque seas un fastidioso, quiero seguir viéndote —admite, sollozando—. Sé que me vas a dejar en cuanto te diga cuáles son mis sospechas

—No, no lo haré. Dime lo que…

—Creo que estoy embarazada, Máximo —me suelta de golpe, haciendo que mi mundo cambie por completo e imagine una versión pequeña de ella—. Y en mi mochila tengo una prueba para que podamos confirmarlo.

https://linktr.ee/Butaca_Digital

Capítulo 6

Máximo

2021

Al llegar a la casa, noto un silencio inquietante, pero estoy tan sumido en mi dolor que no reparo en ello y me voy directamente a mi despacho. No tengo ganas de nada, ni siquiera de ver a la única hija que aún me apoya y en la que debería volcar toda mi atención.

—Zulema, Cassia —susurro, apesadumbrado, mientras me dejo caer en mi silla.

Ni siquiera tengo fuerzas para levantarme y tomar una botella. Mis pelirrojas se llevaron mi espíritu, mis ganas de vivir.

Yo mismo puse mi vida entera en esa carta que estoy seguro de que Cassia romperá sin mirar.

—Mi pequeña pelirroja —suspiro—. Fui el hombre más feliz cuando supe que venías en camino. Eras todo lo que soñé y esperaba darte esa hermana que…

Niego con la cabeza, sintiéndome mal con Liliana. Puede que ella no sea la segunda hija con la que tanto soñé, pero es mía; Zulema me la dio.

—Tengo que ir a buscarla —murmuro.

Mis piernas parecen haberse vuelto de plomo, pero aun así logro levantarme. Tal vez Liliana pueda ayudarme a que su hermana quiera escucharme.

—Liliana —la llamo mientras subo las escaleras.

En ese momento me doy cuenta de que he estado horas en el despacho y siguen sin prenderse las luces; no hay nadie del personal en casa. Todavía no anochece del todo, pero la casa se siente tenebrosa.

Solo quedan los fantasmas de esas personas que fuimos Zulema y yo, esos dos jóvenes que se amaban cada vez que se veían.

—Hola, papá —me saluda cuando nos encontramos en el pasillo—. ¿Qué pasó? Te ves terrible.

—Estoy muerto para tu hermana —le suelto, sujetándola por los hombros.

—¿Cómo dices?

—Lo que escuchaste. Quise reclamarle a Cassia que comenzara una carrera como modelo. No sé qué me pasó, pero el caso es que me dijo que estaba muerto para ella.

—No debiste ir, papi —suspira—. Solo te haces daño. Aun así, te agradezco que me defendieras.

—Ahora no sé qué hacer para que ella me perdone —continúo—. Fui muy duro con ella, Liliana.

—No, hiciste lo justo —replica—. A ella nunca le gustó el modelaje, tampoco dijo nada sobre amar a Christopher. ¿Hasta cuándo querrá ella seguir teniendo todo lo que me pertenece?

—No, Liliana, tu hermana…

—Voy a dar una vuelta, papá. Necesito pensar.

—Hija, ayúdame —suplico—. Sé que eso te duele, pero te prometo que tú serás la imagen de la empresa; no tienes que pelear por nada.

—¿Ayudarte a tener el perdón de Cassia? ¿Es en serio? La única que ha estado a tu lado he sido yo, ¿y así es como me pagas?

—No, Liliana. Lo que quiero…

Pero ella se marcha antes de que pueda decirle algo. Debería detenerla; me preocupa mucho que algo le pase, pero algo me bloquea, y es mi desolación.

No tengo fuerzas para ir detrás de nadie que no sean las mujeres que perdí.

—Mis pelirrojas —sollozo al caer sobre mi cama—. Carajo, maldita sea.

Me abrazo a la almohada de Zulema, que conserva su aroma artificialmente porque me encargo todos los días de rociarle su perfume favorito. Me gusta más su aroma natural, pero por desgracia ese no puedo enfrascarlo, así que tengo que conformarme con esto.

Mientras trato de dormir, recuerdo a mis pelirrojas despertándome cada mañana. Zulema estaba embarazada de nuestra segunda hija, una pequeña a la que me imaginaba pelirroja como su adorable hermana. Todos los días veía su vientre crecer, sentía sus patadas, fuertes y llenas de vida, y me invadía un profundo amor por esa bebé por nacer.

Luego llegó ese confuso día. Zulema y yo nos miramos sin decir ni una sola palabra. No era la pelirroja que esperábamos, tampoco nos derretimos de amor como cuando Cassia nació. Solo había culpa, miedo, un profundo vacío que era imposible de llenar y que ignoramos con todas nuestras fuerzas.

—Liliana, mi Liliana —suspiro—. No he sabido quererte como mereces. Perdóname tú también, perdóname por usarte.

Por eso y por mucho más, no voy tras ella. Debo asumir las consecuencias de mis actos y mis palabras. Si voy a ganarme a mi otra hija, tiene que ser por mis propios medios. Y con Zulema tengo que hacer igual, aunque con ella tengo mucho más miedo, porque no seré capaz de soportar que vuelva a rechazarme, que me recuerde que está casada con ese infeliz traidor.

Un recuerdo explota en mi cabeza como un rayo y me hace sonreír. Es mi pequeña Cassia pidiéndome algunos juguetes con esos ojos tan tiernos, tan iguales a los de su madre. Con el tiempo dejó de pedir cosas explícitamente, pero ya tenía bien aprendida su carita de anhelo, que sí es diferente a la de mi Zulema.

—Su auto. Ella quiere un auto.

No espero que me perdone con esto, pero sí que sepa que recuerdo cada cosa que me ha pedido, con o sin hablar.

Media hora más tarde, estoy hablando con César para que me cotice el modelo del auto que quiero.

—Sí, justamente tenemos ese, Máximo, el blindado —dice contento—. Pero es muy costoso, ¿estás seguro? La entrega inmediata cuesta mucho más porque es por lista de espera.

—No me importa —le aseguro—. Quiero que ese auto esté allí mañana mismo. Mi hija lo necesita porque tiene que ir al trabajo.

—Bien, entonces mañana ahí estará —responde—. No me esperaba tu llamada, Máximo; hace mucho que no compras un auto. Es una lástima que te divorciaras; tengo uno que le habría gustado a tu esposa porque…

—Pronto dejaré de estar divorciado —le suelto.

El corazón se me acelera solo de pensarlo. Si intento recuperar a mi hija, también debería hacerlo con Zulema, aunque me tome años lograrlo. Ese beso tiene que significar algo, estoy seguro.

—¿De verdad? ¿Conociste a alguien más? Me alegro por ti.

—No, Zulema es mi única mujer —le aclaro antes de que piense tonterías—. Pero, de todos modos, no le compraré un auto.

No pienso exponerla de ninguna forma. Con mi hija es diferente; ella tiene mis mismos buenos reflejos y sé que un auto blindado la va a proteger —y es más seguro que vaya en él que con el idiota de mi yerno, que acelera siempre de la nada.

—Pues piénsalo. A todas las mujeres les encanta este tipo de regalos.

—A ella no. Mi mujer es muy extraña —murmuro, sonriendo.

Y por eso la amo con todo lo que soy. Desde la primera vez que la vi, supe que no debía buscar más. Zulema siempre fue mi sueño, uno que solo pude gozar por muy poco tiempo.

Ni una vida entera es suficiente para mí.

—Lo siento, no era mi intención molestarte, Máximo.

Dejo escapar un suspiro.

—No, discúlpame, he estado un poco estresado últimamente. Por favor, que muy temprano el auto esté ahí, ¿sí?

—De acuerdo. Todo se hará como ordenes.

Tras dar unas cuantas indicaciones más, cuelgo el teléfono. No puedo sentirme satisfecho con lo que acabo de hacer, pero al menos siento que este es un buen inicio. Cassia tiene que darse cuenta no de que quiero gastarme toda mi fortuna en ella, sino de que recuerdo cada cosa que me ha pedido, cada cosa que anhela.

Al colgar la llamada, decido llamar a Liliana para disculparme, pero ella no me contesta. En un principio no me alarmo, pero a medida que pasan los minutos, comienzo a sentirme nervioso.

¿Y si la herí demasiado y ella también se va de casa?

—No, no puede ser —murmuro mientras corro escaleras arriba, desesperado.

Al entrar al cuarto de Liliana, todo parece normal, pero pronto me doy cuenta de que ha tomado sus cosas más elementales y algunos cajones están vacíos.

—Maldita sea, no, no puede…

La llamada que me entra es del guardia que contraté para seguir a Zulema. Frunzo el ceño, extrañado, pero contesto de inmediato. Tal vez haya alguna pista sobre el paradero de Liliana.

Espero que sea eso y no que le haya pasado nada a mi cerebrito, porque no lo soportaría.

A los pocos segundos, ya conozco la información completa: Liliana está en casa de ese malnacido de su padrastro y Zulema fue a contenerla. Sin pensarlo ni un solo segundo, me dirijo a esa maldita casa con el corazón desbocado.

—¿Máximo? —me pregunta Lourdes, que está afuera con Íker, a quien empujo nada más verlo.

—¿Cómo te atreves, maldito infeliz? —le reclamo furioso—. Ya me lo quitaste todo, ¿ahora también a mi hija?

—Yo no le quité nada, señor Cervantes —me responde, nervioso—. Solamente recibí a Liliana cuando vino a buscar a Zulema. Ellas dos están adentro, no las…

Vuelvo a empujarlo, esta vez tirándolo al suelo, y sigo mi camino hacia la entrada.

Cegado por la rabia y una punzante sensación de abandono, abro la puerta con violencia. Zulema y nuestra hija están en la pequeña sala, mirándome asustadas.

—¿Tú también, Liliana? ¿Tú también me vas a abandonar como ellas? —le reclamo—. ¡Dímelo! ¿Tú también me vas a traicionar?

—Papá…

—¡No tienes ningún derecho a gritarle! —vocifera Zulema, colocándose frente a ella.

El odio con el que me mira es como un puñal directo al pecho. Ya debería estar acostumbrado a su desprecio, pero es imposible.

Mi pelirroja es capaz de matarme o de traerme de vuelta a la vida con sus palabras.

—Claro que lo tengo. Me abandonó igual que tú —espeto con rabia—. ¿Es eso, Liliana?

—¡Pero si tú la corriste! —brama Zulema—. ¿O acaso tienes amnesia?

—¿De qué...?

—¡Vete, papá, vete! —me grita Liliana, escondiéndose detrás de su madre—. No volveré. No hay nada que puedas hacer para que lo haga. Tengo dignidad.

—¿De qué estás hablando, Liliana? —pregunto, desconcertado, temiendo por su salud mental—. ¿Acaso estás loca? ¡Yo no…!

—Liliana vendrá conmigo —afirma Zulema—. Máximo, vete. Sé que la discusión que tuviste con Cassia te afectó, pero eso no te da derecho a desquitarte con nuestra otra hija.

—Yo no me desquité con nadie, maldita sea. Jamás la…

—Vete, vete de aquí —me exige Liliana.

Aprieto los dientes, tratando de contenerme para no hacer algo de lo que pueda arrepentirme. Esto me desconcierta mucho más que el día en que Cassia me dio la espalda. Por lo menos ella creyó lo que Zulema le decía desde el primer momento, pero Liliana siempre creyó en mí.

¿Cómo es que ahora está inventando que yo la corrí? ¿Qué es lo que le orilla a hacerlo?

—Está bien, lo haré —respondo, mirándola con rencor, esta vez auténtico.

Ahora ya no es una sensación, sino una certeza.

Liliana no es, y nunca ha sido, lo que aparenta.

https://linktr.ee/Butaca_Digital

Capítulo 7

Máximo

2000

Después de que Zulema me diga eso, la dejo descansando en mi cama y voy en busca de su mochila, la cual debió haber dejado en el cuarto de servicio de la cocina. Siempre me gustó la discreción con la que manejó todo esto, pero ahora la detesto.

Cada segundo que paso sin saber si hay embarazo o no es un tormento.

—¿A dónde vas, Máximo? —me pregunta mi madre cuando estoy bajando las escaleras—. ¿Qué haces sin camisa?

—Solo voy a la cocina por algo de comer —respondo, encogiéndome de hombros—. Estaba estudiando lo que papá me pidió que revisara.

—¿Sin camisa? —arquea una ceja.

—Es verano, hace calor, ¿por qué te extraña? —pregunto a la defensiva.

—Porque creo que estás bastante extraño. Tú no eres de esos chicos que van desnudos por la casa y todas esas cosas de adolescentes descarriados.

Me río. ¿Será que algún día dejarán de sorprenderme las ideas estúpidas que se le ocurren?

—No soy un adolescente y tampoco soy descarriado. Solo tengo calor —replico, encogiéndome de hombros—. En fin, si me permites…

—Tienes que arreglarte, vamos a ir a la residencia de los Sepúlveda.

—¿Por qué?

—¿Te olvidas de que es el cumpleaños del señor Antonio?

—Sí, lo había olvidado —farfullo—. No creo que sea buena idea que vaya; no me siento muy bien.

—Hijo, no podemos fallar —gruñe—. Tómate una pastilla o lo que sea, pero vamos a ir.

—No…

—La empresa no está en la mejor situación, Máximo —me recuerda—. No estamos en quiebra todavía, pero los Sepúlveda pueden salvarnos.

—Pero ese es asunto de mi padre, al menos por ahora —replico, entornando los ojos—. ¿Por qué…?

—Ve a vestirte —me corta—. No quiero que esa muchachita y las demás empleadas te vean así.

—¿Te refieres a esa cerebrito? —pregunto con una sonrisa.

«Si supieras que ella ha visto hasta el último rincón de mí y que también está llena de mí», pienso con satisfacción.

—No me gusta esa confianza que estás tomando con Zulema —responde con tono de advertencia—. Aléjate o no me quedará más remedio que correrla.

—Sí, como digas —pongo los ojos en blanco—. Voy a la cocina.

Aunque mi madre protesta, la ignoro y corro a la cocina. Las cocineras se quedan mudas al verme, pero no me impiden abrir el cuarto de servicio.

Al volver a mi habitación, Zulema está tendiendo la cama, comportándose como si nada hubiera pasado, como en cualquier día de trabajo.

—¿Qué carajo estás haciendo? —le reclamo, avanzando hacia ella con paso rápido—. Te dije que te quedaras quieta.

—No puedo, Máximo —dice, nerviosa—. Tengo que comportarme como siempre, dejar de pensar tonterías y…

—Lo que vamos a hacer es esta prueba ahora mismo y no quiero que discutas. Tenemos que ver qué está pasando para poder resolverlo.

—Sí, está bien —susurra, cabizbaja—. Solo dime que no te vas a enfurecer, fue culpa de ambos.

—Depende del resultado, Zulema —respondo—. Ahora, vamos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no perdamos tiempo. Mis padres están aquí y todavía…

—Mejor me voy, Máximo. Si quieres, me hago la prueba en otro momento, pero…

—No, de aquí no te vas sin que conozca el resultado, ¿me escuchaste?

—Pero…

—Nada, Zulema. Vamos a hacer la prueba.

Me cuesta varios minutos y más de un forcejeo convencerla, pero finalmente ella accede. En ningún momento la dejo manipular la prueba, que me he asegurado de que esté cerrada por completo.

De ninguna manera quiero resultados contaminados, aunque estas pruebas me parezcan tan poco fiables.

—No puedo estar embarazada —murmura cuando la volteo a ver.

Zulema está sentada en el inodoro, balanceando los pies y con las manos aferradas a los bordes.

—Hace unos minutos dijiste que lo pensabas.

—Puede que esté equivocada. Tal vez haga falta que esperemos unos días más y…

—No, lo haremos ahora —la corto, tajante—. Tenemos que salir de dudas de una buena vez.

—De acuerdo —musita—. Que sea rápido, porque seguramente tu madre no tardará en darse cuenta de que no estoy.

—No te preocupes, está arreglándose para ir a la casa de los Sepúlveda.

—Ah, el cumpleaños del señor Antonio —murmura—. Mamá me lo dijo. ¿Vas a ir?

—Sí, por desgracia sí —gruño mientras camino hacia la prueba que he dejado sobre el lavabo.

El corazón me late desbocado y no me atrevo a mirar en un primer momento. Este resultado va a cambiar el curso de mi vida, dependiendo de lo que marque esa prueba, y realmente deseo que sea lo que tanto anhelo.

No puedo estar un día más sin saberme atado a Zulema de por vida.

Finalmente, tomo el valor para verlo, pero el resultado me deja confundido. Por las prisas no me tomé el tiempo de comprobar qué significan esas dos líneas tan bien marcadas.

—¿Qué dice, Máximo? —pregunta Zulema, nerviosa.

—No sé, pero ya salió el resultado.

—La caja dice, pero…

Antes de que ella pueda alcanzarla, tomo la caja y leo ávidamente los resultados.

Una línea: negativo.

Dos líneas… positivo.

Me quedo petrificado, incapaz de procesar todo lo que estoy sintiendo.

Zulema está embarazada. Embarazada de mí. Me dará esa pequeña pelirroja con la que tanto he soñado. Si es niño, está bien; no sería la primera vez que me reta.

—Estás embarazada —le digo, mostrándole la prueba e intentando que las manos no me tiemblen—. Vas a…

—Espera, ¿qué? —pregunta, arrebatándome la prueba—. Ay, Dios mío, Máximo. Estoy embarazada.

—Sí, lo estás.

—¿Me vas a mandar al infierno? Si es así, no seas tan grosero —me pide con cara de espanto—. Yo también la estoy pasando mal.

—Estás loca, cerebrito —me río.

Sin dejarla hablar ni una sola palabra, tomo su rostro entre mis manos y la beso como nunca. Zulema se remueve en mis brazos, pero casi de inmediato me corresponde y deja que la levante y comience a girar con ella.

—¿Qué significa esto? —pregunta, jadeando—. Máximo, nos van a matar.

—Que lo intenten. A ti y a nuestra bebé no las tocará nadie.

—¿Nuestra bebé? ¿Piensas que es una niña?

—Sí. Sé que será una pequeña pelirroja, una que sea igual a ti.

—Espera, ¿estás emocionado? —pregunta, perpleja, cuando la bajo—. Dios mío, ¿estás bien de la cabeza? Se supone que tendrías que rechazarme, hacerme llorar y todas esas cosas que…

—Lees demasiados libros estúpidos últimamente, cerebrito —me burlo, dándole otro beso—. Este no es uno de ellos.

—¿Te importa el bebé?

—Me importan las dos —declaro, convencido, acariciando su vientre plano—. Lo haremos, Zulema, vamos a tener a este bebé. Y vamos a casarnos para darle un hogar.

Mi cerebrito coloca la mano sobre la mía y suelta una carcajada nerviosa. Sus ojos están llenos de lágrimas, pero sé que no son de tristeza, sino de alivio y emoción.

—Te van a desheredar —susurra—. ¿En qué nos metimos?

—En algo en lo que me volvería a meter mil veces —le aseguro con fervor—. Eres mía para siempre, Zulema, y nada ni nadie va a poder separarnos.

Continuará...

https://linktr.ee/Butaca_Digital